

## Sobre el *Itinéraire de Paris à Buenos-Ayres*

Con motivo de su segundo libro, que nos toca tan de cerca, Jean-Jacques Brousson ha cosechado diatribas más violentas aún que las recibidas después de publicar su *Anatole France en pantoufles*. Este itinerario de París a Buenos Aires cuyo recorrido nos relata, en el cual echa el resto de su bilis y rebusca las últimas anécdotas del maestro perdidas en su memoria, ha tenido la virtud de sacar de quicio a todo el mundo. La crítica, escandalizada, señala con el índice al irreverente secretario, y para defender al maestro adopta actitudes llenas de moralidad, que Anatole France, con su consabido escepticismo, hubiera estado lejos de suscribir. Lo llama sucesivamente irrespetuoso, indelicado, inmoral... A favor de esto, el libro corre de mano en mano, se comenta *sotto voce* en su parte escandalosa, y la vetusta figura del popular escritor, que desde hace tres largos años descansa bajo tierra en el Panteón de Neuilly, adquiere una jovial y benevolente actualidad.

Por otra parte, el libro es entretenido, de fácil lectura y está muy bien escrito. Brousson, en los años que permaneció al lado de Anatole France, se asimiló a su manera de escribir. Aunque en las últimas páginas se queje de esta influencia ajena que se ha infiltrado en su estilo, la verdad es que constituye lo mejor de su obra. Más tarde es probable que niegue su filiación literaria, tal cual lo hizo con Renan el mismo France. Pero, por ahora, esa contradicción continua y ese «ilustre tartamudeo» son los que prestan al libro un inquietante interés. Como llevados por él mismo, nos inmiscuimos en la personalidad de Anatole France, conocemos sus pensamientos íntimos e insospechados y lo percibimos tal cual fue en vida, sin ese *maquillaje* convencional que desfigura la fisonomía de los hombres célebres y pretende convertirlos en seres completamente distintos de los demás.

A través de la obra de Brousson, se presiente una gran verdad. Es fácil darse cuenta de que allí no hay nada falso; de que, en suma, el secretario no ha «inventado nada», más que por razones de índole moral, porque no ha tenido necesidad de hacerlo; siete años pasados al lado de M. Bergeret pueden suministrar con largueza varios tomos de anécdotas indiscretas y de revelaciones sorprendentes. Estos dos libros superficiales y malévolos, alentados por un indudable propósito de venganza, dicen sobre el autor de *La Vie Littéraire* mucho más que algunos encomiosos estudios publicados. Los innumerables lectores de France no pueden dejar de comprender que así debió de haber sido el «maestro», y sus simpatías se ven redobladas ante el valetudinario lleno de seducción, amanerado, retórico, paradójal, libertino. Su duplicidad, en lugar de indignar, hace sonreír indulgentemente: se convierte en un motivo más

de admiración. Con la experiencia que ha adquirido con los años, Anatole France abruma a fuerza de lisonjas a los mismos seres que interiormente menosprecia. Claro está que un libro así, reflejo fiel del pensamiento íntimo de un escritor de fama, ha de dejar a su paso, como una carga de artillería, el tendal de heridos. La segunda obra de Brousson, más aún que la primera, es de suma virulencia, y son sus peligros los peligros inherentes a la sinceridad. El juez que tan amablemente albergó al popular escritor en su casa; el medallista que grabó su efigie y a quien halagó su pseudo-amistad; el club argentino que supo ovacionarlo: todos sufren la pequeña herida que M. Bergeret inflige, despreocupado y antojadizo. Sus apreciaciones resultan doblemente crueles porque las más de las veces son injustas. Y las decepciones recibidas se perfilan en forma de rencor.

Con todo, mal harían en tomar en serio los juicios de Anatole France a través de la versión del *petit secrétaire*, que sólo nos enseña uno de sus aspectos, aunque éste sea el que más nos interesa. M. Bergeret habla del Jockey Club en la misma forma que de «ce pauvre Renan, qui amollit et affadit tout ce qu'il touche». Su insidioso humorismo y su monocorde ironía, acentuada por el viaje fracasado, se desbordan sobre hombres y cosas, y muchas veces se ensañan, justo es reconocerlo, con las ridiculeces y los defectos de que adolecemos. En la época de su viaje, Buenos Aires le presentaba un amplio blanco sobre el cual podía ensayar con buen éxito su puntería; blanco que se ha tratado de achicar paulatinamente, acortando la distancia que nos separa de Europa; haciendo lo posible para que poco a poco dejen de considerarnos *américains de ventres dorés* y «estancieros insaciables». A Dios gracias, ya comenzamos a pesar algo en la balanza europea. Y nuestro platillo bajará más y más con el tiempo, sin que por esto debamos irritarnos contra un libro cuyo único defecto es proclamar ciertas cosas con voz por demás aguda. Contrariamente a lo que aconseja el señor Schiaffino en un artículo de *La Nación*, nuestra buena voluntad hacia Anatole France no debe decrecer. De ciertos aspectos de su vida íntima no habrían quedado vestigios, a no mediar la «ingratitude» de su secretario. Que, a nuestra vez, no nos llegue el turno de mostrarnos ingratos. No vitupereemos la ingeniosa obra de Brousson. De ella surge Anatole France mejor que nunca, familiar y sonriente con su aspecto de niño sabelotodo, *enfant gaté* temible, encantador y exasperante a la vez. Jean-Jacques Brousson, inteligentemente, lo quita del cementerio de Neuilly y lo pone a nuestro alcance, con sus exóticos turbantes encuadrándole el rostro fatigado y juvenil; mareándonos con su charla erudita y divirtiéndonos con sus anécdotas licenciosas, en medio de esa *Villa Saïd*, especie de cambalache profuso y pintoresco, que ya ha dejado de parecernos un santuario inaccesible.

A través de los dos libros publicados por Brousson, M. Bergeret se nos aparece escarnecido, rebajado, colmado de defectos. El secretario, con un golpe de audacia, ha levantado el lienzo y puesto en descubierto los clásicos pies de barro de la estatua. Pero por un fenómeno inverso, ahora que lo sabemos pródigo en debilidades como los demás hombres, acrece hacia él nuestra comprensión y una suerte de ternura. Bendecimos esas imperfecciones que han servido para acercarlo a nosotros, esos pequeños defectos sin los cuales, como él lo demostró en *Les Dieux ont soif*, uno de sus buenos libros, se pierde toda noción de humanidad. Mil veces preferibles a las más rigurosas virtudes, y que, a la larga y con el correr del tiempo, constituyen la base sobre la cual se asientan nuestras mejores cualidades.

(*Nosotros*, enero de 1928)

## Rilke y el joven poeta

Diez cartas espaciadas en cinco años, de 1903 a 1908, gravitaron intensamente en el destino de Franz Kappus. El futuro general, a la sazón cadete en la Academia Militar de Austria, contempla la perspectiva de renunciar al ejército por un incierto porvenir literario, y a la vez duda ante ese germen de creación espiritual que se agita en él y lo aísla del resto de sus condiscípulos. ¿Si su sacrificio resultase estéril? ¿Si no tuviera talento? Una tarde, en el parque de la academia, lee un libro de poemas, sentado a la sombra secular de los castaños. El capellán pasa junto a él, le toma el libro en las manos, y luego de hojearlo murmura pensativamente, mirando a lo lejos: «Así, pues, mi alumno Rilke ha llegado a ser poeta».

Entonces le cuenta cómo Rilke, alumno suyo en otro colegio militar, entró en la Escuela Superior de Oficiales, pero al poco tiempo abandonó la carrera de las armas y se marchó con sus padres a Praga. Era un muchacho desgarrado y pálido. El viejo profesor, hasta ese momento, no había vuelto a saber más de él.

¡Misterioso poder del espíritu que obra sobre nosotros, destila su influjo y nos une a las personas que admiramos y atravesaron en la vida experiencias semejantes a las nuestras! Un episodio contado al azar ilumina los versos delicados y patéticos contenidos en el libro, borra el tiempo y la distancia, acerca a quienes no se conocen y tal vez no lleguen a conocerse, y crea entre ellos un nexo mucho más sutil que la costumbre, el trato diario, los rostros familiares, los lazos de la sangre. El ser más próximo a este adolescente de veinte años, hermético con sus amigos, sus padres y profe-